

E. MIRET MAGDA LENA

EN febrero de este año recibió este activo y abierto obispo brasileño el Premio Popular de la Paz. Algunos lo han llamado el anti-Nobel de la Paz, dada la desilusión que produce este premio oficial, tanto en la selección de los candidatos como en los elegidos de estos últimos tiempos. Que Kissinger lo recibiera en 1973 no ha parecido lo más inteligente y justo, cuando Helder Cámara, el comprometido pacifista, fue propuesto y nadie se acordó de él a la hora de la elección.

La Juventud Socialista de Noruega y otras muchas organizaciones danesas, alemanas, holandesas y belgas tuvieron la iniciativa de este Premio Popular de la Paz, como réplica a la degeneración que el otro premio mundial estaba sufriendo.

La verdad es que hasta económicamente es más cuantioso este premio popular que el oficial, y monseñor Helder Cámara pensaba utilizarlo para comprar tierras, que entregaría a los miseros campesinos del Nordeste del Brasil.

En su discurso pronunciado en Oslo, al recibir el premio, afirmó que "la revolución por la humanización del mundo ha comenzado ya".

Aprovechó para decir a todo el mundo sus preocupaciones sociales concretas, ya que este hombre menudo y vivaz, de mirada entristecida que se hace llameante al hablar en público, no quiere estar nunca en las nubes, sino vivir su utopía de futuro lo más concretamente posible.

Los dos aspectos que tocó fueron: el estado y subdesarrollo económico y cultural de la mayor parte de la Humanidad, y la situación de opresión que existe política y socialmente en varios países de América del Sur.

Atribuye un papel de primera línea en el mantenimiento injusto del subdesarrollo a las compañías multinacionales, porque "son en apariencia democráticas, ya que son propiedad de millares de pequeños accionistas, pero en realidad están controladas por pequeños grupos de presión a quienes sólo interesa su beneficio egoísta, y no hay apenas lugar en sus decisiones para ningún sentimiento humanitario".

Respecto a los países que ejercen en América una opresión social y política, como Chile y Brasil, cree que solamente "una presión moral del exterior podría acelerar la liberalización de estos regímenes", porque la fuerza la tienen en su mano y el poder económico también, con lo cual resulta muy difícil el cambio partiendo de dentro.

Roger Garaudy, el famoso profesor marxista independiente, hizo una gran alabanza de este obispo brasileño, tan parecido en su aspecto exterior y en su fuerza de propaganda al nefasto doctor Goebbels, pero con signo contrario. Recordaba Garaudy que este activo propugnador de la no-violencia "es de aquellos que han contribuido al máximo a denunciar el sofisma según el cual la fuerza se llama violencia cuando viene de los de abajo y se denomina orden cuando viene de los de arriba".

Los cuatro ejes alrededor de los cuales gira la acción de don Helder Cámara son:

1) El desarrollo de una pedagogía popular, que comience por la alfabetización y termine por el desarrollo en el pueblo de una inteligente conciencia social. 2) La búsqueda de un socialismo original para América Latina, y la lucha constante y concreta contra todos los imperialismos y opresiones actuales, estén donde estén. 3) La creencia en la fuerza de la no-violencia activa, como creyeron Gandhi y Martín Lutero King, y hoy propugnan muchos jóvenes desesperanzados de la espiral de violencia que va creciendo en el mundo. 4) Una Iglesia que no sea el opio del pueblo y que favorezca de verdad el sentido de la responsabilidad y la libertad de los creyentes y de los no-creyentes con su acción educativa desprendida y abierta.

Recuerdo a este hombre, todavía joven y enérgico a pesar de sesenta y cinco años, lleno de un optimismo realista, por causa de la publicación por Feliciano Blázquez del "Ideario de Helder Cámara", en la Editorial Sigueme. Feliciano Blázquez es un preocupado por la lucha de los derechos humanos,

HELDER CAMARA: UN REVOLUCIONARIO PACIFICO

como demostró con su anterior libro, titulado "La dignidad del hombre", en el que recoge las principales actividades e ideas de una docena de hombres que han sido los luchadores por esta batalla de los derechos humanos. Pequeño libro complementado al final con los principales documentos internacionales acerca de los derechos del hombre, de la mujer y del niño.

Ahora recoge Feliciano Blázquez, a través de las conferencias de Helder Cámara por todo el mundo, sus principales ideas, que, indudablemente, le hacen pasar a un puesto de primera fila en la lucha por la justicia humana concreta dentro de una Iglesia que se encuentra todavía muy en las nubes, sin decidirse ni comprometerse suficientemente en una actitud radical por un mundo nuevo y distinto.

Voy a espigar algunos párrafos que harán ver a nuestros lectores el pensamiento renovador del obispo de Olinda-Recife.

Sin duda es uno de los hombres que más ataques ha recibido en su país, llamándole "demagogo", "traidor", "subversivo" y otras lindezas por el estilo; porque es un hombre sin prejuicios que conoce muy bien a Marx

y ha leído cuidadosamente a Freud, y pretende inspirarse en muchas de sus ideas sin perjuicio de sus hondas convicciones evangélicas, y lo hace para apoyarlas y darles un sentido práctico y concreto.

Ante la tragedia del hambre no se para en ditirambos más o menos emotivos, sino que utiliza —como hace casi siempre ante cualquier problema— frías estadísticas, más convincentes que cualquier palabra demagógica. "Cada año —recuerda— mueren de hambre cuarenta millones de asiáticos, africanos y latinoamericanos. En Europa hay un médico por cada mil habitantes. En Ghana, uno por cada dieciocho mil. En Indonesia, uno por cada setenta y un mil. En Sudán, uno por cada ochenta mil. En el Brasil muere un niño cada cuarenta y dos segundos; ochenta y cinco por hora: dos mil cuarenta niños cada día. Y todavía hay en el mundo doscientos cincuenta millones de niños sin escuela".

Sobre este problema de la educación habla del Brasil, y dice que "de las personas mayores de cinco años, cerca del sesenta por ciento son analfabetos".

A quienes se extrañan de que un obispo se ocupe de estas cosas, replica diciendo que "puede parecer extraño que un obispo esté abordando problemas que parecen socio-económicos y políticos, pero la verdad es que no hay divisiones en la criatura humana. Antes se hablaba de una diócesis de un millón de almas; yo prefiero hablar de miles o millones de criaturas humanas". ¿Por qué? "Porque estas dicotomías están superadas. En el hombre existe una unidad fundamental; hasta la vieja escolástica dice que existe una unidad sustancial en la criatura humana".

Ahondando en la situación del Brasil descubre que el 50 por 100 de la tierra cultivable está improductiva, y que "la concentración de la riqueza se aprecia de modo más irritante cuando se comprueba que entre 1960 y 1970, el 1 por 100 de la población, que constituye el grupo de los más ricos, aumentó su renta del 11,7 por 100 al 17 por ciento, mientras que la mitad de la población del país, compuesta de personas que perciben los más bajos ingresos, redujo su participación en la renta nacional del 17,6 por ciento al 13,7 por 100, lo que implica que el uno por 100 de los brasileños ganaban más que la mitad de toda la población".

Respecto a la ayuda extranjera en América Latina, descubre que "los capitales extranjeros invertidos ascendieron a 9,6 billones de dólares, y los dólares que recibieron los países prestatarios fueron 13,4 billones. Por lo tanto, fue América Latina quien prestó a los países ricos".

Por eso, cuando le preguntan si es socialista, contesta con toda claridad: "Yo no veo ninguna solución en el capitalismo". Por eso está convencido de que la única solución para el mundo futuro es la socialista, y pretende un socialismo que sea original para América Latina. ■